

## HISTORIA VULGAR

QUIÉN los aproximó?... ¿Por qué causa se unieron en tan profunda simpatía? ¿Quién sabe! Quizá en el fondo de lo ignorado hay un algo de esencia divina que establece la conjunción de las almas.

El tocaba el violín por calles y plazuelas, haciendo piruetas al compás de una jota desentona y triste.

Ella, con su vestidito á media pierna y el cabello destrenzado sobre la espalda, parábase á la puerta de los cafés y de los colmados, á lucir sus habilidades, que consistían en una canción napolitana, tan sencilla como sentimental, acompañando su canto con el repiqueteo de una pandereta de cuero mugriento y enmohecidas sonajas.

Una tarde se encontraron los dos artistas en medio de la calle. ¡Fue un encuentro terrible! El violinista, levantaba por centésima vez sus piernequitas secas y casi desnudas, saltando más bien que bailando los últimos compases de aquella jota desatada y malsante que era su único repertorio, divirtiéndose con esto á un grupo de señoritos que ocupaban una mesa en la puerta del café de...

Expiraba apenas el último quejido del maltruchado violín, y ya se disponía el ejecutante á recibir gorra en mano el óbolo de sus oyentes, cuando por su izquierda apareció la cantante callejera, que comenzó al punto su canción napolitana, golpeando á compás la pandereta, sostenida con la mano izquierda á la altura de su cabeza.

En el auditorio se produjo una espantosa confusión de carcajadas.

— ¡Bravo! mi querido *Sarasate*, — gritó uno de aquellos desocupados. — ¡Te ha salido una competidora y hay que vencerla! sino, adiós limosna. ¡Veamos! El que haga más ruido de los dos, ese se lleva lo que tengo en las manos. — Y el señorito sonaba entre las suyas ahuecadas, algunas monedas de cobre.

— ¡Magnífico! — gritaron á coro los que le acompañaban. — ¡Será un concierto divertidísimo! ¡A ello, señores artistas! ¡Venga ruido! — Y las risas se redoblaban, y cada vez la algazara era mayor, hasta el punto de que frente al café se formó un



grupo de curiosos, que celebraban también con grandes carcajadas aquellos chistes.

Los pequeños artistas, ya fuese estimulados por el ruido de las tentadoras monedas, ya fuese por librarse de una vez de la horrible chacota, como si los hubiera movido el mismo resorte, comenzaron cada uno por su parte á repetir lo acabado de ejecutar. La niña á entonar con su vocecita dulce y angelical la eterna canción napolitana. El violinista á rascar furiosamente con el arco en las dos únicas cuerdas de su violín, aquellos compases de jota que le servían de acompañamiento, para saltar de uno á otro lado, como un epiléptico.

De repente, cantante y violinista cesaron en su lucha, y se miraron rabiosamente. El muchacho lanzó una rencorosa mirada á su rival, empujó con fuerza el arco del violín y se abalanzó sobre la niña, con ánimo de maltratarla. De la concurrencia salían voces de ánimo! ¡no te pierdas!... ¡Anda, tonta, tñ!... ¡dale un panderetazo!...

Aterrada la pobre criaturita, ante la amenaza del arco levantado sobre su cabeza, alzó los ojos, unos ojos azules, grandes y expresivos, llenos de lágrimas, y los clavó en los del muchacho, como suplicándole que no la pegase.

Entonces, ocurrió una cosa extraña. El *petit* violinista volvió con desprecio la cara hacia los que le azaban, y cogiendo violentamente por el brazo á su rival, tiró de ella y la alejó casi á rastras del grupo de los desocupados, sin hacer caso del dinero que le ofrecían, como pago del despiadado divertimento.

La desgracia no necesita de presentaciones rutinarias ni de urbanas formas para crear una simpatía eterna. Hasta en eso es desearnada la miseria; no gusta de ropajes ni de formas delicadas... El laconismo también tiene su poesía.

— ¿Cómo te llamas? — había preguntado el violinista á su acompañante, cuando estuvieron en las afueras de la ciudad.

— Andrea. ¿Y tú?

— José.

— ¿Y de dónde has venido?

— De Asturias. ¿Y tú?

— De Marsella.

— ¿Tienes padres?

— No. ¿Y tú?

— Tampoco.

Y aquí concluyeron todas las explicaciones, y estos fueron los antecedentes que necesitaron aquellos párias, que apenas reunían veinte años entre los dos, para consolidar una amistad, más fuerte quizá que esas amistades que precisan de todos los trámites sociales, y que, á pesar de eso, nunca llegan al sacrificio.

— ¿Dónde vives? — preguntó el niño á su compañera, después de un rato de silencio.

La muchacha miró al violinista con una mirada de asombro que quería decir: — ¿Y qué es eso?

— Que cuál es tu casa, — se apresuró á contestar el muchacho, interpretando aquella mirada de extrañeza.

— ¿Mi casa?... Yo no tengo casa.

— ¿No tienes casa?... Pues, ¿dónde duermes?...

— En la calle...

— ¡Pobrecilla!... Pues yo sí tengo casa; ¡y anchurosa que es!... con una cama... ¡magnífica!

La niña, abrió inmensamente sus ojos azules y contempló con admiración á su nuevo amigo. ¡Una cama!... ¡Pero ella no sabía lo que era aquello!...

— ¿En dónde está vamo á ver...?

Aproximábanse á un pequeño grupo de casas, situado en el arrabal más apartado de la población. El muchacho extendió la mano en dirección á aquel sitio, y señalando un punto negro que se distinguía hacia la izquierda, — ¡Allí! — dijo con aire triunfante. — Y ya verás que bonita casa... ¡Miral cabemos los dos. ¿Quieres que vivamos juntos?...

No fue preciso más invitación. La muchacha, y cómo no! contestó que sí, con la cabeza y con todo el cuerpo, sin apartar la mirada del rostro de su amigo, como si temiera verlo arrepentido de su ofrecimiento.

Poco después llegaron al suspirado palacio del artista. Era éste, ni más ni menos que un agujero ennegrecido por el humo, colgado á modo de nido en la espalda de una casa ruinosa, y que acababa á todas luces haber servido de horno en otro tiempo á los habitantes sucesivos de aquella desmantelada habitación.

Sin embargo, inútil es decir que la muchacha acostumbrada á pernoctar en el arroyo, no sufrió decepción alguna á la vista de su nuevo domicilio; antes al contrario, palmoteó de gusto y encontró muy divertido el ejercicio que había que hacer para penetrar por la calcinada puerta del *palacio*.

Primero entró el dueño de la morada, quien, ofreciendo galantemente la mano á su huésped, la subió casi en peso hasta dejarla en el interior. Luego vino la presentación de la casa, que hubo necesidad de realizar á gatas, sin otra luz que la que penetraba por una claraboya abierta en el centro de la bóveda, acaso por la mano de un inquilino prudente, que encontró escaso de oxígeno el salón principal y único de su aérea vivienda.

Después el lecho. ¡Oh!... aquello era un lujo excesivo, que deslumbró á la regocijada chiquilla. ¡Un lecho compuesto de un montón de paja mullida y blanda!

¡Tendría una cama y un techo bajo el que cobijarse!

Con la inocente vanidad de una niña coqueta, paseaba su vista por todos los rincones del aposento, y concluyó por arrojarle en la cama, donde á poco se quedó dormida.

¡La inocencia tiene tan pocos cuidados! ¡La miseria es tan poco exigente!...

Lecho de plumas, debió parecerle á la desamparada chiquela aquel montón de paja, según era de sosogado y tranquilo su sueño.

El violinista la contemplaba fijamente, y es seguro que en el cerebro aquel no caldeado aún por el rudo batallar de la idea, pero al que la necesidad había llevado un discernimiento precoz, ahítábanse pensamientos generosos, de positivo y benéfico resultado para el durmiente.

En el fondo de su corazón, dormido hasta entonces para los afec-

tos, habíase operado súbitamente una reacción desconocida.

El no sabía que era aquello, ni porque causaba sentir aquel consuelo, viendo ocupado su único lugar de descanso por una desconocida; pero lo cierto era, que cada vez le agradaba más su decisión.

Ya no estaría solo. En aquellos largos días de ejercicio violento, no siempre fecundos en limosnas, tendría junto á sí quien le ayudara á soportar su miseria ó á disfrutar su riqueza. Á su manera, sentía igualmente la satisfacción del bien realizado, y sin poder concretárselo á sí mismo, enorgulleciase de tener bajo su amparo á un sér más débil que él.

Con singular expresión siguió contemplando á la pequeña. Entre tanto había oscurecido. Se acordó de que él y su amiguita no habían comido nada aquella tarde. Pensó salir, y un vago temor le retuvo. Aquella seriedad inopinada que se había apoderado de su espíritu, le aconsejaba no dejar sola á la muchacha, y se acostó sin cenar. Este fue su primer sacrificio de protector.

Algunos instantes después, los dos niños dormían. La inconsciencia del sueño juntó sus cuerpecitos y entrelazó sus brazos.

Tal pureza en tal unión, sólo es posible en la infancia, que es la solemidad de la virtud.

Aquel desposorio de ángeles, en la virginidad de la sombra, era como un anticipo sobre la gloria concedida á la fusión de dos almas.

En dos bocas de niño que se besan, no hay beso, porque siempre se interpone una sonrisa, y la sonrisa de los niños es la diadema de los cielos.

Desde el siguiente día, todo el mundo pudo ver á los dos niños agarrados de la mano por las calles y ejerciendo juntos su nómada profesión.

La amistad que arraiga en la desgracia, es más sólida que cualquier otro afecto creado á la sombra de la felicidad. Así la simpatía que unió en breves minutos los corazones de ambas criaturas fué apoderándose rápidamente de sus voluntades, hasta hacerles imposible la existencia separados. No se hallaban el uno sin el otro. Juntos bailaban y cantaban en las puertas de los cafés; juntos disfrutaban el producto de la limosna; juntos se entregaban al descanso bajo un mismo techo y dominados por el mismo pensamiento; juntos lloraron más de una vez su abandono y su miseria, y juntos emprendieron cierto día el camino de la frontera, dejando abandonado el obscuro boquete del arrabal, donde tantas veces se mezclaron sus alientos y sus lágrimas.

Si las calcinadas piedras de aquel horno hablaban, quizá podrían decir al desgraciado que lo heredara: — Aquí se escribió la primera página de un idilio. Cobijé el amor un día. No me profanéis.

\*\*\*

Iban transcurrido; doce años.

Andrea y José no son ya los artistas errantes que mendigaban el pan de cada día, aturdiendo los oídos del transeunte con sus desafiadas habilidades musicales. Una serie de acontecimientos extraordinarios y la exuberante belleza de la muchacha, convertida en mujer y mujer de una hermosura deslumbradora, habían movido á un empresario escéntrico, á contratar á la ex-cantante y á su compañero, como artistas de circo. El negocio era pingüe. El buen público de París, monstro de mil cabezas, necesitaba arte; pero arte plástico: exuberancia de formas. Nada de volatines ni piruetas; eso se quedaba para nuestros abuelos, que no sabían lo que eran las antepasadas de un *camerino*, ni penetraron jamás en el misterioso secreto de la malla.

Comprendió así el empresario, y satisfecho con la adquisición de Andrea, sacó todo el partido posible de la *gran atracción*, presentándola casi en completa desnudez, con el pretexto de unos *caplets* y de una danza, que los abonados hacían repetir cada noche, en medio de atronadores aplausos.

La bella Andrea, como ya le llamaba el *todo París*, gozaba entre la gente de buen tono de una popularidad respetuosa que la hacía doblemente interesante.

Más de una apuesta se cruzó por su causa, y más de una joya fué devuelta desde la puerta de su *camerino*, impenetrable á toda visita importuna.

Sin embargo; la hermosa artista concedió una excepción á este rigor. Uno de los abonados, el conde C..., había conseguido, á fuerza de insistencia y de galantería, interesar su corazón; y para el elegante aristócrata jamás se cerraban las puertas del lujoso tocador.

\*\*\*

Llegó la noche del beneficio de la bella Andrea, en la cual hacía su *debut* como gimnasta, realizando un arriesgado ejercicio en el trapecio, en unión de su hermano José. (Así decían los carteles).

Al exterior del cuarto de la artista y á todo lo largo del pasillo, se extendía una larga cola de admiradores que aguardan la salida del *astro*, sólo por tener el placer de dirigirla un cumplido, obteniendo en cambio una sonrisa.

En el interior, la bella Andrea, con su más rico y original traje de malla, espera la señal para la salida; mientras escucha sonriente las apasionadas galanterías del conde C..., quien, más rendido que nunca, se esfuerza por convencerla de que su hermosura no tiene rival.

En el fondo y medio cubierto por una cortina, José, ataviado también con traje *collant*, mira sombríamente á Andrea y al conde, estremeciéndose á cada palabra de éste ó á cada mirada que sorprende en los ojos de aquella.

Tiempo es ya de decirlo; la amaba con locura.

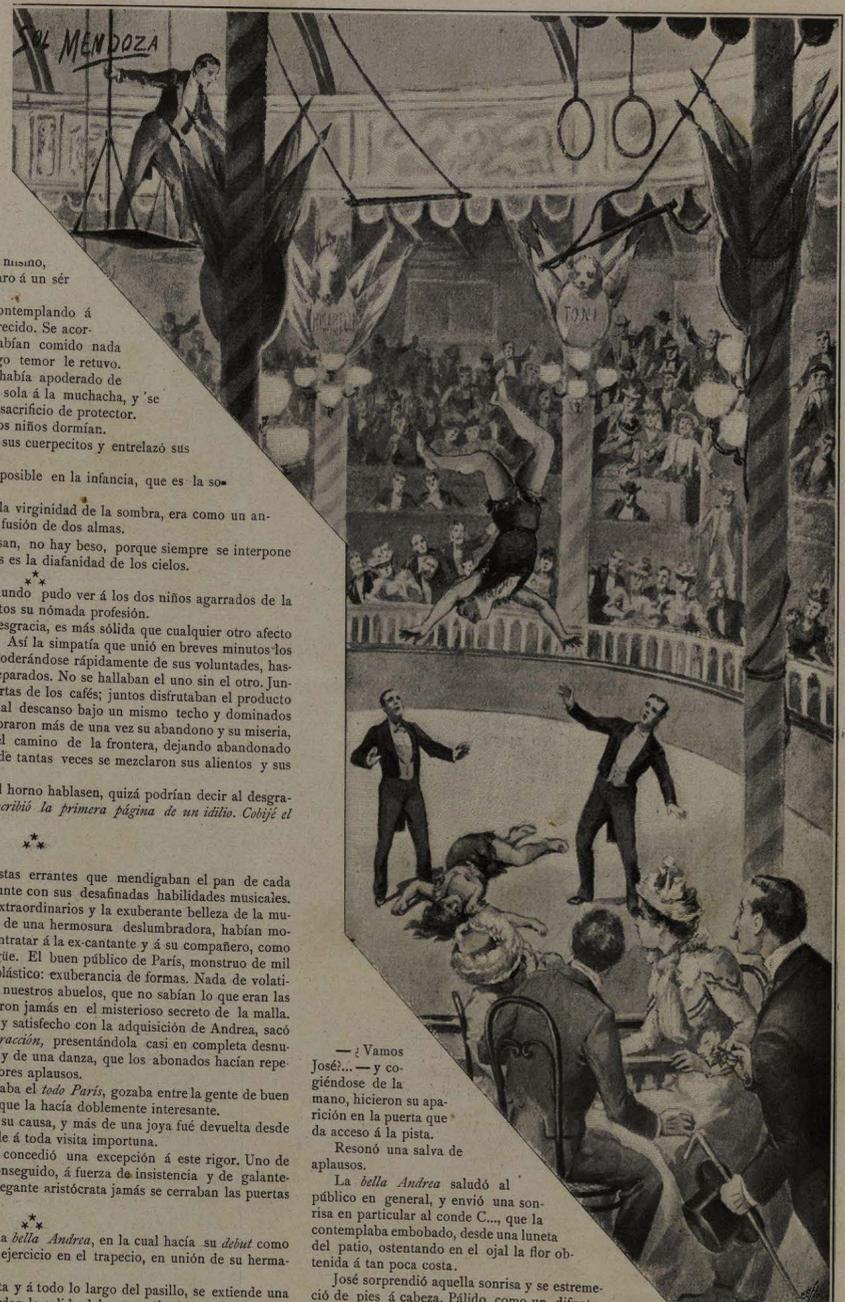
Para el misero ex violinista sólo había una cosa en la vida: Andrea. Y una sola cosa digna de Andrea: su amor. Amor lleno de abnegación y de sacrificios. Amor curtido ya y atormentado por el torquemate del silencio. Y sin embargo; jamás salió de sus labios una palabra de reproche. El verdadero amor es cobarde hasta el martirio; pero poned delante de esa cobardía un obstáculo, y entonces el apocamiento se convierte en arrogancia, la prudencia en desfachatez, y el culto apacible de vuestro cariño, en acicate de las más temerarias empresas. Un enamorado celoso, es un poseído. Satanás fué sencillamente un celoso.

Esto ocurría al desgraciado José: amaba con delirio y sentía unos celos despiadados.

Aborrecía con toda la fuerza de sus sentidos á aquel *titere* de flamante pechera y atildados modales, que no sabía lo que era andar de puerta en puerta extenuado, descalzo, pidiendo el pedazo de pan que había de alimentar á aquella mujer, cuyo cariño le robaba tan descaradamente...

— ¡Pero qué es eso!... ¡Ella le da una flor que él se prende del ojal del *smoking*!... ¿Qué le dice?... ¡hasta luego!... ¡Maldito sea!...

Sonó la campanilla de aviso.



— ¿Vamos José?... — y cogiéndose de la mano, hicieron su aparición en la puerta que da acceso á la pista.

Resonó una salva de aplausos.

La bella Andrea saludó al público en general, y envió una sonrisa en particular al conde C..., que la contemplaba embobado, desde una luneta del patio, ostentando en el ojal la flor ostentada á tan poca costa.

José sorprendió aquella sonrisa y se estremeció de pies á cabeza. Pálido como un difunto, comenzó á ascender por una cuerda que colgaba junto al trapecio á él destinado.

Andrea, en medio de la expectación general, ascendió á su vez por el lado opuesto, hasta colocarse en otro trapecio fijo, á la altura del piso tercero.

El ejercicio, aunque suficientemente ensayado, era en verdad peligrosísimo, pues su mayor novedad consistía en que había que realizarlo sin red. Ella, se arrojaría desde aquella altura, y José, que la esperaba colgado boca abajo en el trapecio, la cogería por las manos...

Se sucedió un silencio sepulcral: la música cesó, y el público materialmente galvanizado por el terror, no quitaba ojo de la artista.

Oyóse un ligero grito; era la señal. Andrea, arrojándose con increíble valor al espacio, salvó la distancia de los dos trapecios y quedó fuertemente asida á las manos de José, que soportó como un héroe la espantosa sacudida.

Resonó entonces una entusiasta salva de aplausos. Las aclamaciones y los bravos se sucedían sin interrupción, mientras la artista, evolucionando ya libremente entre los brazos que la retenían, quedose en una artística actitud y saludó graciosamente al público. El conde C..., frenético y en pie, palmoteaba como un energúmeno... Arrancóse la flor del ojal y la besó con transporte de entusiasmo. A esta galantería respondió Andrea enviándole con las puntas de los dedos, tocados en sus labios, un beso y la más hechicera de sus sonrisas.

Entonces... ocurrió una cosa horrible. José dió un rugido, abrió las manos, y Andrea, dando espantosos tumbos, vino á estrellarse contra una de las columnas de la pista, quedando muerta instantáneamente.

Un grito de horror salió de todos los labios... y antes de que nadie pudiera darse cuenta, otro cuerpo desprendido de la altura, vino á chocar contra la misma columna, quedando inerte junto al cadáver de la desgraciada artista. Era José, que ponía fin á su martirio y á su venganza, exclamando mientras recogían su cuerpo expirante:

— ¡Míal!... ¡sí!... míal, en la muerte!... ¡sólo míal!...

## EL BESO

El beso es la manifestación más delicada del amor, y el amor el principio y la base de la vida, porque la vida no es más que una serie no interrumpida de correspondencias y simpatías entre sí de seres y cosas.

El mar besa amoroso la playa, y sus arenas, al sentir el contacto suave de las mansas olas, avanzan hacia él para que el beso se prolongue.

La brisa besa a la flor, y al besarla, se inclina risueña y lanza un tierno suspiro que perfuma el ambiente.

El pájaro, con piar alegre y amoroso, une el pico al de su compañera; las dos avecillas agitan convulsos sus alas y redoblan sus trinos y arpegios.

La palmera envía a la prenda de su amor el beso de su aliento, que la hace fructificar y embellecer.

El arroyuelo besa a las plantas que festonean caprichosamente sus bordes, y con su afónico murmullo las canta dulces y amorosas endechas que, sin duda, para oír mejor unas y hacer interminable el otro, el césped inclina su frente hasta rozar con ella la blanda superficie de las aguas que incansantes se deslizan por el cauce.

La primavera es un beso de la Naturaleza, como la poesía es un beso del pensamiento.

Besamos el pie de imagen sagrada, y ese beso inunda de religioso placer el espíritu.

Besa la madre al hijo querido que en su regazo duerme, y ese beso infiltra en el niño vida y amor.

Besamos el anillo episcopal ó la mano de un sacerdote, y ese beso nos enseña a respetar y a ser humildes.

Besamos a la mujer amada, con ese beso que la ilusión nos hace aspirar con deleite, embriagándonos con su aroma sin olor, y ese beso excita y espolea nuestro ardiente deseo.

Bésanse las mujeres, y ese beso constituye un acto de cortesía, en desuso.

Besamos al niño del amigo, y ese beso llena de regocijo al padre.

Besamos al moribundo, y en ese beso quisiéramos darle parte de nuestra vida.

Bésanos la mujer liviana, y ese beso apenas hace mella en nuestro ánimo.

Besamos el cadáver del ser amado, y ese beso nos consuela.

Mas el beso al cadáver no tiene correspondencia; el beso de mujer liviana, mancha; el beso al moribundo va en alas de la muerte; el beso al niño del amigo, es una adulación; el beso entre las mujeres es insípido; el beso a la mujer amada, asfixia su castidad y quema las alas de su pureza; el beso al anillo episcopal ó a la mano del sacerdote, es infantil satisfacción y medio fácil de propagar enfermedades contagiosas; el beso de la madre al niño, es producto de su sagrado egoísmo; el beso a imagen sagrada, es fanática manifestación; el beso del pensamiento, es atrevido, y el de la Naturaleza, desahogo; el beso del arroyuelo, es humillante; el beso del pájaro y el de la palmera, son injuriosos é impuros; el beso de la brisa a la flor, roba a ésta su perfume; el beso del mar a la playa, es el beso del titán encadenado por el débil, es el beso de la maldad cubierta por el manto de la hipocresía.

Sólo hay un beso puro del todo y superior á todos esos besos; un beso que ni humilla, ni mancha, ni roba: es el beso que la gratitud del desvalido estampa en la mano del hombre generoso.

¡Ese beso lo recibe Dios, y repercute por todos los ámbitos del mundo en alas de la caridad y de la gratitud unidos!

ANTONIO ALONSO

## EL PENSAMIENTO

¿Qué quieren estas ideas que hierven en mi cerebro?  
¿Por qué si el cuerpo descansa no descansa el pensamiento?  
Vigilante centinela á quien nunca rinde el sueño, ni le agobian las distancias ni de los años el peso.  
Siempre vigoroso y fuerte, incansable como el tiempo, ya en las cabañas habita, ya en los palacios soberbios; ya tiende á la azul esfera su atrevido y raudó vuelo, para robar á los astros sus recónditos secretos.  
Cruza montes y arenales incultos, bosques desiertos; penetra del mar bravío en el insondable seno; recorre todos los climas; atraviesa el universo, sin encontrar una valla que se oponga á sus deseos.  
Ve en el pobre la miseria, el fausto en el opulento, la soberbia de los grandes, la humildad de los pequeños.  
Se mezcla audaz y atrevido en los combates sangrientos, donde la impiedad humana

ejerce todo su imperio.  
Mira en los pechos cerrados, sólo á sus ojos abiertos, los corazones, desnudos del humano fingimiento, con la mentira en los más y la verdad en los menos.  
Se desliza cauteloso en otros cráneos, y el velo descubre para saber los pareceres ajenos.  
Cruzando el éter del caos, se espanta entre sus misterios, y vuelve á emprender su giro al diáfano azul del cielo, en donde el límite encuentra á su saber avariento.  
Espía de las acciones, fiscal de todos los hechos, juez de inexorable fallo, verdugo inflexible y fiero, que da al criminal la muerte con prolongado tormento.  
Conciencia de los mortales, resplandor del sacro fuego, centinela de las almas, espíritu del eterno...  
Dios, en tantos dividido, como seres nutre el suelo.

ELOY NORIEGA



## EL MOTÍN DE ARANJUEZ

(18 DE MARZO DE 1808)

La Historia no presenta una invasión más traidora y más injustificada que la de España por Napoleón Bonaparte, en el terrible, al par que gloriosísimo año, de 1808.

Desde que un Senado-consulta en 1804 cambió su vara de cónsul por el cetro de rey, las miradas del poderoso César, que ansiaba hacer de Europa una monarquía universal, cuyo amo y señor fuese él, teniendo por virreyes y lugartenientes en todas las naciones á sus hermanos y á sus generales. Se fijaron principalmente en España, que le atraía con un poder irresistible, sin comprender que esa atracción era la del abismo, y que en nuestra patria, sus águilas, siempre victoriosas, habían de caer vencidas y deshonradas.

¿Qué debió España al Emperador?

Una soñada garantía de los dominios del rey Carlos IV, que nadie pensaba en atacar.

¿Qué debió Napoleón á España?

La entrega de veinticuatro millones de francos, tomados de la caja de amortización, de Madrid.

La unión de nuestra valerosa marina á la suya, para que cayese vencida en Trafalgar por la ineptitud del almirante francés Mr. Villeneuve.

La incua guerra que hicimos á Portugal.

El envío de nuestros ejércitos á Italia y Dinamarca, para servir sus ambiciosos proyectos.

La ruina de nuestro comercio á causa de la alianza que con él nos obligó á pactar.

La seguridad de sus fronteras pirenaicas, rechazando entrar en la coalición formada en su contra por las más importantes naciones, que á nuestra patria ofrecían grandes ventajas por ello.

Al comenzar nuestro relato, gobernaba á España Carlos IV, al débil rey su esposa María Luisa, y á esta orgullosa reina el favorito Don Manuel Godoy, quien, sin otros méritos que su gallarda figura, que tanto agradó á María Luisa, había llegado en pocos años, de un simple guardia de Corps á duque de la Alcudia, primer ministro, generalísimo, grande almirante y príncipe de la Paz.

De tal suerte llegó á cegarle el orgullo, que cuando el viaje de los reyes á Sevilla, tuvo el capricho de albergarlos en su casa de Castuera, en Extremadura, convertida por arte de esa maga que se llama el oro en un suntuoso palacio.

En sus cartas á la reina, mostraba un desenfado y unos atrevimientos que, según las Memorias de aquel tiempo, eran muy del agrado de María Luisa.

Cuando la invasión de Portugal, realizada por Godoy, al frente de 15,000 soldados franceses y 60,000 españoles, como toda la campaña se redujo á la entrada de las tropas en Vélves, en cuyos jardines los soldados españoles cortaron un ramo de naranjas que ofrecieron á su general y éste envió á la reina, como trofeo de victoria, acto ridículo y campaña más ridícula aún, que la historia apellidó, con justa razón, la guerra de las naranjas, es fama que al regresar de ella preguntóte María Luisa qué recompensa la pedía por el obsequio enviado, contestándole el favorito:

— ¡V. M. no me ha dicho siempre que el color azul es el que mejor me sienta!

— Es cierto.

— Pues bien; yo desearía una banda que me distinguiera de todos los demás generales.

— ¿Azul?

— Sí, señora.

— Pues la tendrás... y yo te la bordaré.

### II

Al invadir nuestro territorio en los comienzos de 1808 los soldados imperiales, á pretexto de dirigirse á Portugal, nación que Napoleón pensaba en destruir por considerarla como una colonia de Inglaterra, su grande enemiga, fuéronse apoderando, á título de aliados, de nuestras principales ciudades y de nuestras mejores fortalezas.

El emperador había estudiado bien la situación de España y elegido con talento el momento de la invasión.

Dos partidos luchaban á la sazón en la Corte y se disputaban el gobierno: el de Godoy, y el del príncipe de Asturias, — luego Fernando VII, — que en el año anterior vióse preso y sujeto á una ruidosa causa en el Escorial por haber intentado substituir en el trono á su padre.

Ambos trabajaban por ganarse el favor de Napoleón Bonaparte; el príncipe Fernando, pidiéndole por esposa á una dama de su familia, y el favorito Godoy, solicitando, en el proyectado reparto de Portugal, uno de los tres estados en que el emperador pensaba dividirlo.

El odio entre ambos personajes era verdaderamente salvaje.

Cuéntase que el príncipe de Asturias, cada vez que Godoy alcanzaba un nuevo título, exclamaba:

— El lo es todo, y yo nada soy.

A lo que su hermano, el infante Don Carlos, solía contestarle:

— No te incomodes, Fernando, y piensa que cuanto más le den más podrá quitarle.

Digamos, á fuer de historiadores veraces y justos, que Godoy, apenas comprendió los designios de Napoleón contra España, se apresuró á adoptar una actitud francamente patriótica.

El emperador, para cohonestar su traición, envió al gobierno de España un catálogo de quejas mentidas.

Conozcámosle.

«Que en la Corte existía un partido afecto á los ingleses, sus eternos enemigos;

Que nuestra escuadra de Cartagena no había marchado á librar á la francesa, bloqueada en Cádiz por los ingleses;

Que debíamos entregarle algunas plazas, para defenderse contra los ingleses y portugueses, que quisá se vería obligado á agregar á su imperio, dándonos en equivalencia algunas de Portugal;

Por todo lo cual ofrecía una princesa de su familia para Fernando, y un nuevo tratado de paz y alianza.»

Godoy, al recibirlo, juntó en el Escorial un Consejo extraordinario, proponiendo contestar á Napoleón, que ya habían entrado en España 10,000 hombres más de los tratados, y que suspendiera la marcha de los otros 15,000 que tenía reunidos en Bayona. Aconsejando al rey que hiciese un llamamiento á la nación preparándola para rechazar los planes de Bonaparte.

Sus consejos no fueron por esta vez atendidos.

Firme en su idea, trasladó la corte á Aranjuez, decidido á que los reyes emprendieran el viaje á una plaza fuerte, protegidos por las divisiones de los generales Solano y Carraffa, que hizo venir sobre Toledo y Talavera.

Dícese que Fernando apenas lo supo, corrió á avisar á sus amigos, que ya estaban prevenidos, los cuales circularon el rumor de que los reyes, por consejo del favorito, iban á abandonar España, marchando á América y llevándose con ellos al príncipe de Asturias.

### III

La noche del 18 de Marzo, al aparecer una luz en una de las ventanas del cuarto que Fernando ocupaba en el alcázar, sonó un tiro, luego un toque de corneta, y á seguida estalló el célebre motín de Aranjuez.

Grupos numerosos que salían de las tabernas y los bodegones, compuestos de *chisperos* y *curtidores* madrileños, arrieros toledanos, trajineros de la Mancha, vecinos de Aranjuez, palafreneros y criados del infante



Mtro. JOSÉ NICOLÁS QUESADA (Burgos).  
Autor de la pieza de música que acompaña á este número.

Don Antonio, y algunos soldados, dirigidos por un *tío Pedro*, nombre popular con que se disfrazó el revoltoso conde de Montijo, acudieron, unos, á tomar las salidas del alcázar, y otros á apoderarse del palacio de Godoy, á los gritos mil veces repetidos:

— ¡Abajo el guardia!

— ¡Muera el choricero!

Buscándole con el mayor empeño asaltaron el palacio, destrozaron sus joyas y muebles y quemaron sus papeles.

Los reyes, que se levantaron sorprendidos y espantados, tuvieron que firmar, por imposición de los revoltosos, la destitución de Godoy, y recurrir á su hijo Fernando, suplicándole que hiciera terminar el motín.

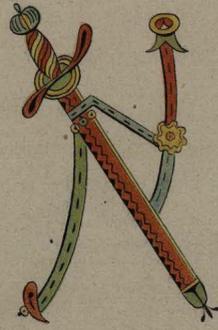
Godoy, que se había refugiado en las guardillas de su palacio, ocultándose entre unos rollos de estera, agobiado por la calentura, el hambre y una sed rabiosa, abandonó su escondite, resuelto á morir, cayendo en poder de los amotinados, quienes, de seguro, le habrían muerto, sin la llegada de un piquete de guardias de Corps que colocó al favorito, pálido convulso, y con el traje desgarrado, entre sus caballos, procurando librarle de los golpes de las turbas, á pesar de lo cual recibió una grave herida en la frente y varias contusiones.

Los reyes tuvieron, de nuevo, que suplicar á Fernando que corriera en su auxilio, y éste al llegar al cuartel de Guardias donde Godoy había sido conducido, dispersó á los amotinados, asegurándoles que el favorito sería en breve juzgado y sentenciado.

Los grupos entonces comenzaron á vitorear por rey á Fernando, y Carlos IV, atemorizado, abdicó la corona en su hijo, en la noche del 19, poniendo así término y fin al escandaloso motín de Aranjuez, tan sólo realizado para que el rebelde hijo substituyera al débil padre, sin comprender Fernando que á su vez, y muy pronto, sería substituido por el extranjero José Bonaparte.

E. RODRIGUEZ-SOLIS

## LOS CELOS DEL REY DE BASTOS



o me explico esa manía que tienes, — decía un jugador á otro.  
— Puedes llamarle tontería, si gustas, pero te participo que no la puedo deschar.

— Pero eso tendrá un origen...  
— Claro que lo tiene; y lo vas á saber: No recuerdo el sitio ni la época, aunque se asegura que fué cuando los primeros naipes se pusieron sobre el *tapete*, para jugar al *monte*.

Cuentan que un viejo jugador, después de haber perdido hasta la última moneda, quedóse como aletargado sobre la mesa, en cuyo momento se comenzaron á animar las cartas, desfilando ante su vista y

hablando como las personas de carne y hueso.  
El rey de bastos fué la primera que saltó en medio del paño verde; estaba furioso y con sus tremendos resoplidos hacía temblar á todas las cartas.



Las sotas eran la causa de aquel regio desastre. Amaba locamente á una princesa rubia, á la gentil sota de oros. Mil veces se lo había demostrado con frases galanas y ricos presentes; pero ella, desdenosa, siempre procuraba alejarse de su lado.

El rey de bastos aguardaba con ansia los *barajes*, para perseguirla de muerte; pero sólo conseguía deslizar alguna palabra de amor, que por lo regular se perdía entre el tropel de cartas aprisionadas en las manos del *banquero*.

La *partida* que aquella tarde había terminado, fué reñidísima, y el desdichado rey, siempre sobre la mesa, no pudo conseguir ni el más pequeño roce con su adorada sota. No así el caballo de espadas, que siempre iba junto á ella.

— ¡Se aman, sí, no me cabe duda! — decía el monarca, presa de terrible angustia.

Y se daba unos golpes atroces en la corona.  
En esta situación y cuando se disponía á levantar todas las cartas, para armar la bronca número uno, se oyeron unos pasos menuditos.

— ¡Es ellal! — murmuró el de bastos; y fué á escondarse detrás del siete de su *palo*.

En efecto, la sota de oros apareció sobre el *tapete*, tosió de un modo especial, y á esta *seña de la sota*, contestó el relincho de un caballo.

El de espadas, no tardó en presentarse.

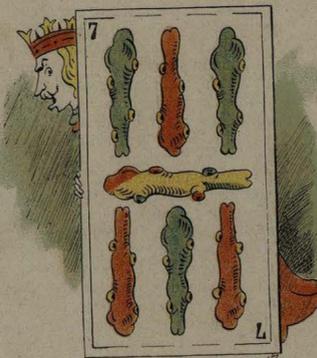
— ¡Eres tú vida mía? — exclamó el gallardo jinete, sin apearse.

— Sí; aquí me tienes dispuesta á todo.

— ¡No temes el furor del rey de bastos?

— Le aborrezco y desco separarme de él para siempre; sus modales bruscos y groseros me fastidian.

El pobre rey estuvo á punto de desmayarse, le faltaron las fuerzas y pensó en reponerlas, para dar el golpe decisivo.



Sin esperar más tiempo, fuese en busca del rey de copas, que tenía una *turca* monumental.  
Entró en la regia bodega, y cogiendo el as de copas, lo apuró de un trago.



— ¡Ah, curdón! — gritó el otro rey.  
Este, ó no escuchó la frase ó no le hizo caso, y salió tambaleándose, derribando á su paso el cinco de espadas, que hallábase sobre una mesa. Las cartas pacíficas estaban aterrorizadas, en vista de la actitud del rey más bruto de la baraja.

Las sotas chillaban como débiles mujerzuelas, y se escondían debajo de los cuatros.

La catástrofe iba á ser gorda.  
De pronto, el rey celoso se dió un golpe en la frente, tiró la tranca que llevaba al brazo y agarrando el as de bastos, exclamó:

— Este me vengará.  
Y salió en busca de la pérdida.

Un segundo más y hubiera sido tarde.  
La sota de oros, montada á la grupa del caballo de espadas, iba á partir para siempre.

— ¡Alto! — gritó el rey con voz de trueno, cogiendo el caballo de las bridas.

— No será, — contestó el jinete, con firme acento.  
— ¿A dónde vas con ese garrote, cacho de bruto? — chilló la sota.

— ¡A mataros! — rugió el rey.  
Y aquí pasó algo terrible. El monarca enarboló el garrote, el galán



bajó la cabeza, y el peso de la estaca cayó pesadamente sobre la desdichada sota, dejándola muerta para siempre.

— ¿Qué has hecho? — murmuró tristemente el caballo de espadas.

— Cumplir con mi deber; — gritó el rey, — *ya que yo no tengo sota, que no la tenga nadie.*

Y colorín, colorado...  
— Toma, y ese es el origen de tu manía? — preguntó el jugador á su amigo.

— Es natural: cualquiera le *apunta* á la sota, sabiendo que el rey la mató de un estacazo.

JOAQUÍN ARQUES



MATER DOLOROSA